

CAPITULO III.

Viaje de Francisco Hernández de Córdoba.—Descubrimiento de Isla Mujeres.—Se encuentran los primeros edificios de mampostería.—Porqué se le dió el nombre de *Isla Mujeres*.—Descubrimiento del Cabo Catoche.—Desembarco en la tierra de Maya, ó península de Yucatán.—Combate sangriento con los indios.—Aprehensión de Julián y Melchor.

Vivían pacíficamente en Yucatán Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar, sin que los españoles de las cercanas islas de Cuba y de Jamaica soñasen siquiera que, no muy lejos de ellos, dos paisanos suyos gemían en el cautiverio. La isla de Cuba estaba gobernada entonces por Diego Velásquez, muy aficionado á las empresas de conquista, como que en ellas había labrado su posición y elevada categoría. Por aquella época, iban disminuyendo los naturales de la isla de Cuba, ora por las guerras que habían sostenido con los españoles, ora porque éstos los agobiaban con trabajos superiores á sus fuerzas, ora también por la epidemia de viruelas que había assolado la isla, y que más tarde extendió sus estragos á Yucatán, como ya veremos. El resultado de esta escasez de jornaleros para los trabajos del campo y de las minas, era poner á los conquistadores en la precisión de andar buscando nuevas tierras dónde proveerse de indios que trabajasen en sus granjerías.

Diego Velásquez no miraba mal esta clase de expediciones, y así, contando con su beneplácito, y aun sirviéndose de su auxilio, se organizó una expedición, el año de 1517, para ir á buscar indios que sirviesen de esclavos, á las islas Guanajas. ¹ Organizaron la expedición Francisco Hernández de Córdoba, Cristóbal de Morante, y Lope Ochoa de Caicedo ²; se puso á la cabeza el primero de los tres nombrados, y fué por visitador real, para recaudar la parte del fisco, Bernardino Iñiguez. Los organizadores de la expedición eran antiguos vecinos de Cuba, y podían disponer de bastante riqueza, tanto que pudieron armar tres navíos, y equiparlos con ciento diez hombres, bajo la dirección del piloto Anton de Alaminos que antes había hecho viajes, con el almirante Colón. Se hicieron á la vela, de Santiago de Cuba, á principios del año de 1517 ³; llegaron al cabo de San Antón, y de allí tomaron por el sudoeste, en busca de las islas Guanajas. Al pasar por Puerto Principe, el piloto Alaminos, en conversación con el capitán Hernández de Córdoba, le había contado que tenía sospechas vehementísimas de que por el oeste se encontraban extensos países habitados y no descubiertos, porque así se lo había oído decir al viejo almirante Colón, cuando

¹ Carta primera de relación de Don Fernando Cortés, de 10 de Julio de 1519.

² Gomara, *Historia de las Indias*, pág. 185 del tomo I de los *Historiadores primitivos de Indias*.—Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias*, tomo I, pág. 497.

³ Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, asegura que salieron en la Cuaresma.—Las Casas afirma que debió salir la expedición por fines de Febrero.—Bernal Diaz del Castillo refiere que salieron de la Habana el 8 de Febrero de 1517.—Herrera en sus *Decadas* afirma que salieron el 8 de Febrero.

viajaba con él en el descubrimiento de Veragua; y Hernández, lleno de esperanzas, y con la ambición de gloria y de riquezas, no echó por alto el aviso, y como hombre precavido, por si algo podía acontecer, se proveyó de una licencia de Diego Velásquez, para que pudiese descubrir nuevas tierras. Y no creía tan remoto el descubrimiento, puesto que embarcó en sus buques muchas ovejas y puercos y algunas yeguas, como si pensara establecer población en alguna nueva tierra. De manera que, aunque su primer pensamiento fué ir á las Guanajas á cautivar á los mansos y sencillos habitantes de estas islas para someterlos á servidumbre, también cruzó por su imaginación la idea de descubrir, y así se concuerdan las diversas opiniones de los historiadores, que opuestamente le atribuyen el uno ó el otro propósito.

Embebecido así, Hernández de Córdoba, en sus ideas, caminaba hacia el sudoeste, cuando reventó una tormenta que le puso á riesgo de perderse, y que, por fortuna, no duró sino dos días; pero si la tempestad respetó sus vidas y embarcaciones, les hizo cambiar de ruta y les alargó la navegación, porque, queriendo llegar pronto á las Guanajas¹, perdieron la paciencia, y aun pocas vislumbres de esperanza conservaban, cuando á los veintiun días² de navegación divisaron la alegre señal de la tierra, la prolongada faja oscura que tanto gozo causa á los na-

¹ *Vida anónima de Cortés*.—Bernal Díaz y Gomara.

² Herrera *Decada* II, libro 2º, capítulo XVII.—Las Casas asegura que al cabo de cuatro días llegaron á Cozumel los navíos de Hernández de Córdoba. Fernández de Oviedo extiende hasta seis días la duración de la navegación.

vegantes; mas, pensando aportar á una de las Guanajas, con gran sorpresa suya distinguieron otra isla, y en ella un gran pueblo, no lejos de la costa. Al mismo tiempo, se desprendieron de tierra cinco canoas que, acercándose á los navíos, pudieron ser reconocidas perfectamente: en ellas iban indios vestidos de camisas y calzones de algodón, y parecían de índole tan benévola, que sin dificultad trabaron relaciones de amistad con los extranjeros recién venidos. Treinta de los indios que navegaban en las canoas subieron á la nave capitana, y se entretuvieron comiendo, bebiendo, y recibiendo los dones y agasajos que les hacían los españoles, y concluyeron por invitarlos, siempre por ademanos, pues que su lengua ignoraban, á bajar á tierra. Los españoles se rindieron á tan cortés invitación, y echando al agua los botes, pronto pusieron pie en la isla. Grande fué su asombro al encontrarse allí con señales de adelantada civilización, si bien mezclada de barbarie. Era el primer lugar de América en que veían edificios de mampostería: había un adoratorio de piedra cobijado de paja sobre un rehenchimiento de tierra y piedra, circuido en su cima de guayabos y otros árboles frutales, resinosos ú odoríferos, y se subía á la cumbre por gradas muy bien construídas y labradas, que indicaban un progreso muy marcado en el arte de construir edificios. Los visitantes subieron y entraron al adoratorio: su recinto era pequeño, pero limpio, aseado y conservado con atención y solicitud; el ambiente estaba saturado del olor del copal; y en el fondo, colocados en hileras, se veían idolos de diosas vestidas de enaguas y con los pechos honestamente cubiertos. Pa-

recían, pues, filas bien ordenadas de mujeres que servían en el templo, y por esto Hernández de Córdoba apellidó á esta tierra «Isla Mujeres», nombre que hasta hoy conserva.¹ Los objetos de oro que vieron, y de los cuales se apoderaron, en el templo de Isla Mujeres, y la vista de los edificios de mampostería, agujaron los deseos y curiosidad de los españoles, y no tardaron en tomar la resolución de internarse más al poniente, seducidos por el embeleso que se siente al ver cosas nuevas y al esperar el hallazgo de otras más. Siguieron su rumbo al noroeste, y poco tiempo después distinguieron la punta ó cabo más septentrional de la península de Yucatán. Unos pescadores que andaban arreglando sus redes y sus botes en la playa, huyeron atemorizados al percibir los grandes navíos. Entretanto, los buques de menos porte se fueron acercando á la playa, ocupados sus pilotos incesantemente en sondear para encontrar punto donde pudiesen anclar con seguridad. Esto pasaba en la mañana del 4 de Marzo, y cuando acababan de arrojar sus anclas al agua, vieron venir á todo remo y vela algunas canoas de indios que se aproximaron hasta poca distancia de los navíos. Al verlos, los españoles se llenaron de curiosidad y deseo de entrar en trato con ellos, y los llamaron con las manos y las capas, dándoles á entender que venían como amigos y hom-

¹ Gomara, *Historia de las Indias*, página 185.—Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, página 16.—Las Casas asigna como primer lugar descubierto por Hernández de Córdoba la isla de Cozumel, y Herrera el Cabo Catoche.—Fernández de Oviedo no menciona el nombre del primer punto de Yucatán descubierto por Córdoba, pero su descripción se conforma perfectamente con Isla Mujeres. *Historia General y Natural de Indias*, tomo I, pág. 497.

bres de paz. Los indios con ingenua franqueza se aproximaron, y aun subieron á la nave capitana, y se entretuvieron largo rato en comunicarse por señas, en almorzar, y en pasear y reconocer todo el interior de la nave. Luego se despidieron prometiendo volver al día siguiente con mayor número de canoas y de indios.

Cumplieron su promesa, porque, á la mañana siguiente muy temprano, el cacique mismo del lugar se dirigió con diez y seis canoas á la nave capitana, é invitó, por señas y con palabras de su idioma, para que bajasen á tierra y visitasen sus casas. Con instancia y con ardor se unían los demás indios á su jefe, y en su idioma decían repetidas veces «Connex cotoch», palabras que fueron oídas distintamente y que dieron margen á que los españoles pensasen que estaban oyendo el nombre del lugar, y así bautizaron á esta tierra con el nombre nunca perdido de «Cabo Catoche.»¹

Por las palabras creían saber el nombre del lugar, y por los ademanes comprendieron que se les instaba á bajar á tierra, á lo cual no se hicieron mucho de rogar, y, en breve, los españoles tomaron sus botes, y, acompañados de los indios en sus canoas, bajaron á la costa en una punta de tierra que se internaba en el mar.

Era ya la tarde cuando desembarcaron, y así, antes de pasar al pueblo inmediato, prefirieron los españoles dormir junto á la playa, y los indios, que no querían separarse de ellos, permanecieron con sus canoas junto á tierra. Con esto, la prima noche

¹ Gomara, *Historia de las Indias*, pág. 185.

se empleó en constantes comunicaciones entre indios y españoles, y muy tarde hubieron de entregarse al sueño. A cosa de la media noche, dos indios armados de sus arcos y flechas, y atraídos indudablemente por un sentimiento de curiosidad, se acercaron recatadamente al real de los españoles, que, como era de regla, estaba guardado por centinelas. Acertaron los incautos indios á pasar junto á uno de los centinelas que velaba su cuarto, y, creyendo éste que eran enemigos que trataban de sorprender el campamento, arremetió contra ellos espada en mano, y, dando voces de alarma, todo el campamento se puso en pie.¹

Al amanecer, ya el cacique estaba en compañía de Hernández de Córdoba, invitándole á que fuese á su pueblo, y fueron tantas sus instancias y muestras de amistad y de paz, que el capitán Córdoba, tomando consejo con los otros capitanes, acordó que fuesen á visitar el pueblo del cacique, pero bien armados y apercebidos, para evitar una celada.²

Oportuna fué esta previsión, porque, guiados por el cacique, penetraron por la senda que conducía al pueblo, y cuando estaban empeñados en lo más breñoso del bosque, el cacique dió grandes gritos y voces con que parecía llamar á su gente á que viniese á recibir á sus huespedes; pero, en realidad, lo que hacía era apellidar á su tropa, oculta allí en zalagarda, para escarmentar á los españoles.

Del bosque inmediato salió gran copia de gente armada, y sus armas no eran tan despreciables, pues que portaban espadas y navajas de pedernal,

¹ Las Casas, *Historia de las Indias*, tomo IV, pág. 351.

² Bernal Díaz, *Conquista de Nueva España*, capítulo II.

lánzas y hondas: llevaban la cara pintada de diversos colores, y terciadas sobre el pecho colchas de algodón, para defenderse de las armas arrojadas. Daban gritos y alaridos, y acompañaban su vocería con el monótono compás de sus chirimías, atabales y flautas. La lucha se trabó abierta y sostenida; pero al principio tocó la peor parte á los españoles, tanto por su pequeño número, cuanto por la ignorancia en que estaban del terreno y de la manera de pelear de sus adversarios. Desde luego recibieron una gran rociada de piedras y flechas, y fué tanto el ímpetu del primer ataque de los indios, que peleaban boca con boca, y sin miedo á los castellanos; mas, tras largo rato de pelear, los indios sintieron el gran daño que les hacían los invasores, y acabaron por emprender la fuga: el campo quedó cubierto de innumerables cadáveres de indios; pero Hernández de Córdoba perdió también veintiseis soldados,¹ daño que en aquellas circunstancias era un verdadero infortunio, y que, por lo mismo, sintió vivamente.

Mientras duraba la refriega, el padre Alonso González que iba de capellán de la armada, se entretuvo en visitar unos adoratorios que había por aquellos contornos, y tomó de allí varios ídolos de barro y de madera, platillos, pinjantes y diademas de oro, que mostró á Hernández de Córdoba, después de concluído el combate. Sin embargo, ni este pequeño botín, ni la aprehensión de dos indios, á quienes apellidaron Julián y Melchor, pudo consolar á Hernández de Córdoba de la muerte de sus

¹ *Vida anónima de Cortés*, pág. 339.—Herrera, *Decada II*, libro II, cap. XVII.

veintiseis compañeros, y lleno de pesadumbre volvió á embarcarse, aunque firme siempre en su propósito de continuar su navegación por el poniente.

CAPITULO IV.

Descubrimiento de Campeche.—Amigable recibimiento que hacen los indios á los españoles.—Adoratorios de cantería.—El cacique de Campeche da un convite á Hernández de Córdoba.—Admiración de los indios á la vista de los navíos y de las armas de fuego.—Demostración que hacen á los españoles con intención de intimidarlos para que abandonasen Campeche. Hernández de Córdoba denomina el lugar Puerto de Lázaro.

Ese mismo día se dió á la vela, rumbo al poniente, siguiendo la misma costumbre que había observado desde Cuba de pairar de noche y caminar de día, y, al cabo de quince días de navegación por la costa abajo de Yucatán, entraron en una gran ensenada, que, al principio, les pareció la boca de un río.¹ Sorprendióles lo bajo de la mar, lo cual no habían observado en los otros lugares que habían visitado. A lo lejos, al través de un velo de bruma, se distinguieron las líneas luminosas de la costa, y conforme se fueron acercando, se diseñó perfectamente una población extendida con su caserío á lo largo de la playa, que se inclinaba á la falda de una cadena de colinas cubiertas de verdor que brillaban á los primeros rayos del sol. La vegetación era rica y exuberante, y ostentaba sus árboles frondosos y palmeras tropicales, que mecían sus flexibles tallos al soplo suave del fresco terral.

¹ Herrera, *Decada II*, libro II, cap. XVII.—*Historiadores primitivos de Indias*, por D. Enrique de Vedia, tomo II, pág. 3.

Era esta población que se divisaba, el pueblo de Ah Kin Pech, como le llamaban los naturales, y que hace siglos es conocida en el mundo civilizado con el nombre de Campeche. Inclinado Hernández de Córdoba sobre la orilla del puente de proa, contemplaba aquel pueblo que se destacaba perfectamente entre las ondas, y que debía ser de mucha población, á juzgar por el número de casas que se distinguían. Notando que la mar menguaba, mandó anclar á distancia de más de una legua de tierra, y luego, metiéndose en unos botes, se dirigió á la playa, llevando las pipas para proveerse de agua, que justamente empezaba á hacerles gran falta. Saltaron á tierra, y apenas repuestos de su emoción, cincuenta indios salieron á recibirlos con curiosidad y asombro mezclado de benevolencia. Los invitaron á entrar á su pueblo, y, obsequiando sus deseos, penetraron, en apariencia serenos, pero con temor interno de que los indios quisiesen armarles algún ardid en que cayesen seguros. Como supusieron, el lugar era grande, como de tres mil casas pequeñas y cubiertas de paja, cada una con un solar cercado de albarrada, sembrado de árboles de bellos y hermosos frutos. En medio de la mar, pero muy cerca de tierra, se alzaba un edificio de cal y canto, como una torre cuadrada de cantería, blanqueada, y con gradas. Semejaba una fortaleza, y no era sino un adoratorio cuyas paredes estaban esculpidas de figuras de serpientes, culebras y otros animales. En el fondo, había un altar, y sobre él un ídolo grande, con dos leones ó tigres salpicados de sangre que carcomían sus hijares, y abajo una serpiente que tenía sobre cuarenta pies de largo,

tragando un fiero león: todo de piedra muy bien labrada.¹

Continuando los españoles en la visita del pueblo, el cacique, que mostraba verlos con gran contentamiento, los invitó á pasar á su casa, y á comer. Sirvióse en el banquete mucho pan de maíz, carne de venado, muchas liebres, perdices, tórtolas, pavos, y frutas. Fueron obsequiados los españoles con muchas piezas y joyas de oro, y ellos, á su vez, obsequiaron á los indios con cuentas, y espejos, y tijeras, y cuchillos, y cascabeles, y otras bujerías.²

Al salir del convite á una gran plaza, los españoles se encontraron con un gran número de indios, que maravillados no se cansaban de mirarlos. Llamábanles sobremanera la atención sus grandes barbas, su color blanco, sus vestidos, y las espadas, ballestas y lanzas. Se acercaban á los españoles, les pasaban las manos en la barba, tocábanles la ropa, y examinaban las armas, embelesados de admiración. Se espantaron cuando el jefe español mandó hacer fuego y oyeron algunos tiros de lombarda, y vieron y sintieron el humo y olor del azufre: se imaginaban que aquello eran truenos y rayos.³

Repuestos del susto que les causaron las armas de fuego, ofrecieron á los españoles otro espectáculo, á manera de alegoría, para explicarles que, si bien los habían recibido con benevolencia cual visitan-

¹ Las Casas, *Historia de las Indias*, tomo IV, pág. 359.—Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, pág. 18.

² Las Casas, *op. cit.* tomo IV, pág. 359.

³ *Historia General y Natural de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo, tomo I, pág. 497.—Enrique de Vedia, *op. cit.* pág. 3.

tes ó huéspedes, no se tenía intención de dejarles posesionarse del territorio. Aparecieron dos escuadrones de indios guerreros armados á estilo maya, con sus capitanes á la cabeza, y, cuando formados estaban en la plaza, llegaron otros indios cargados de haces de carrizos con que prepararon una hoguera. En este instante, salieron del templo cercano diez sacerdotes vestidos con mantas largas y blancas de algodón, y con los cabellos colgando sobre los hombros, desgreñados y empapados en sangre. Llevaban en la mano braseros de barro llenos de fuego y en que espolvoreaban copal: se acercaron solemnemente á los españoles, y, sahumándoles la cara, les ponían las manos en los pechos, y les decían por señas que se fuesen de su país. Al mismo tiempo, se prendía fuego á la hoguera de carrizos, y los escuadrones de guerreros y la multitud de gente curiosa que poblaba la plaza prorrumpieron en gritos y alaridos, en silbos y gestos belicosos, todo lo cual era acompañado por el estruendo de bocinas, pitos, trompetas y atabales. La escena era adecuada para intimidar al más valiente, y con mayor razón al pequeño grupo de españoles que se habían deslizado en aquel pueblo de tres mil casas que podía contar con algunos miles de habitantes, los cuales, en aquel día, se habían duplicado con los que de las cercanías acudieron por curiosidad.¹

Tres días permanecieron los españoles en Campeche, sorprendidos de ver los adoratorios de piedra, casi en tanto grado como los indios estaban es-

¹ Bernal Díaz del Castillo, *Conquista de Nueva España*, cap. 3.

pantados de ver la forma de las velas y jarcia de los buques. Hicieron aguada en un pozo, pues, por más que buscaron, no encontraron allí cerca fuente ni río alguno. Diéronle, al llegar, el nombre de pueblo de Lázaro, porque en él entraron el domingo de Lázaro.¹

Notando luego, que los indios no estaban muy contentos de su permanencia en Campeche, acordaron embarcarse, y, caminando por la playa hasta llegar en frente de un peñol que había en la mar, hicieron señas á los bateles que se acercasen, y, embarcando las pipas de agua, abandonaron la tierra, y se dirigieron á los buques, listos á ponerse inmediatamente en marcha.

¹ Landa, op. cit. pág. 16.—Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 358.—Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 498.—*Vida de Cortés*, en la *Colección de documentos de Icazbalceta*, tomo I, pág. 340.

CAPITULO V.

Llegada á Potonchán, capital del cacicazgo de Chakanputún ó Aguanil.—El cacique Moch Couoh.—Fiereza con que recibe á los españoles.—Desembarque de los españoles á hacer aguada.—Estratagemas de Moch Couoh. Ataca á los españoles, y los derrota.—Situación desesperada en que se encuentran despues de la batalla.

A pesar de su propósito de alzar velas desde luego, no comenzaron á navegar sino el miércoles en la tarde, ó el jueves inmediato, próximo anterior á la Semana Santa ¹. Siguieron la costa del sudoeste, y en los primeros seis días gozaron de un tiempo sereno y bonancible que los animó á navegar aun por la noche; pero, al sexto día, se declaró un norte que durante cuatro días y cuatro noches los molestó sin cesar poniéndolos en grave riesgo de encallar en la costa. Temerosos de arrojarse en lo desconocido, por una parte, y, por la otra, con justa zozobra de garrar á tierra, Hernández de Córdoba juzgó prudente echar el ancla, y permanecer inmóvil, hasta que pasase el recio temporal. Así fué que, durante los cuatro días que duró, no adelantaron camino; pero, serenado el tiempo, continuaron costeanando, porque querían de nuevo proveerse de agua que ya les escaseaba.

¹ Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 359.

Una mañana, al amanecer, cuando más fastidiados estaban por los sufrimientos del norte pasado, acertaron á descubrir á lo lejos, en la costa, un caserío que se dibujaba en el horizonte, blanco y sonriente y como brotando entre la coposa arboleda y los extensos maizales, que, casi llegando á besar las olas, se confundían con el mar. Para mayor motivo de gozo divisaban entre el agua salobre de la mar, señales de agua dulce de un río que allí debía desembocar, y de la cual estaban muy necesitados, porque, á causa de llevar pocas, pequeñas y desvenecijadas vasijas para agua, frecuentemente se veían expuestos á las duras molestias de la sed. Resolvieron anclar en aquella bahía y desembarcar en buen número y bien armados, para proveerse de agua, y estar en aptitud de resistir con brío y seguridad los asaltos de los enemigos, si se presentasen.

El pueblo adonde debían desembarcar distaba como una legua de la costa, estaba á la orilla del río de Champotón, y era la capital de la provincia marítima de Aguanil. Llamábase el puerto, Potonchan, y allí residía el cacique de la provincia, hombre aguerrido y belicoso, apellidado Moch Couoh, de la familia de los Couohes, que reinaba en Potonchán, como los Xiues en Maní, los Peches en Conkal, los Cocomes en Sotuta, los Cheles en Chicantún, los Kupules eu Zací y los Cochuahes en Ichmul.

Dejaron, pues, mar afuera los buques de alto porte, y, tomando uno que calaba menos, y varios botes, se embarcaron y empezaron á subir el río. El trayecto era maravilloso para los castellanos: las dos riberas se distinguían perfectamente, y de la escarpada barranca se levantaban árboles que

en ciertos sitios se entretejían formando bóveda de todos los verdes conocidos, y frescas y delicadas sombrías. De tiempo en tiempo oscuras y abruptas rocas, peñascos, riscos esparcidos aquí y allá, variaban las sinuosas cintas de verdura que de lado á lado se extendían: altas palmeras dispersas por doquiera; perfumes jamás sentidos que el aire traía en sus ráfagas; en el fondo del cuadro las blancas casas de la población y los remotos azulosos perfiles de las laderas de la sierra cuyas últimas colinas anuncian las montañas de Centro América; nubes de caprichosa é indecible forma; y del otro lado, el mar por horizonte, con su insondable profundidad y extensión inmensurable. Eran las primeras horas de la mañana, cuando se desprendieron de los buques de alto porte, y serían las doce, cuando desembarcaron junto á unos maizales en que había manera de proveerse de agua. No tan pronto habían desembarcado, cuando se les presentaron muchos indios con su cacique á la cabeza, y, entrando en comunicación, por señas les preguntaban si venían del oriente y qué era lo que deseaban. sencillamente respondieron los españoles que venían de los países del oriente, y que habían desembarcado en busca de agua dulce con qué llenar sus cubas, á lo cual, el cacique les indicó que hallarían agua en el interior, y los invitó á internarse por unas sendas ó vericuetos que delante serpenteaban; pero Hernández de Córdoba, precavido y receloso, no se atrevió á meterse por aquellos pasos desconocidos, y se limitó á tomar agua de un pozo que tenían á la mano, y se retiró á la ribera, pensando embarcarse inmediatamente. Mas, cuando llegaron á

la orilla del río, sería la hora del Ave María, y, como se veían rodeados de indios que los espiaban, Hernández de Córdoba y sus principales capitanes, empezaron á tratar entre sí de lo que debían ejecutar: si quedarse en aquel sitio toda la noche, y esperar la mañana para embarcarse; si tomar desde luego los botes, y ponerse en salvo; ó arremeter incontinentemente á los indios, hasta atemorizarlos y librarse de ellos, de manera que cómodamente pudieran embarcarse. Vacilando é irresolutos en estos pensamientos, al fin optaron por esperar la mañana. En mala hora lo resolvieron, porque al amanecer pudieron darse cuenta de que sus enemigos se habían multiplicado. Estaban ya cercados de innumerables escuadrones de guerreros, cuyo visible aspecto denotaba que ardían en deseos de batir á los invasores, hasta arrojarlos de su suelo ó anonadarlos, haciéndolos desaparecer de la faz del globo. En efecto, aun el sol no había aparecido en el horizonte, cuando los mayas, sonando una trompeta, con sus banderas tendidas, tambores y gritería, se arrojaron con ímpetu y ferocidad á la pelea. Piedras, flechas, palos, cayeron sobre el campamento español como granizo en asoladora turbonada, y esto en tanta cantidad, que desde luego ochenta españoles fueron heridos. Tanto arrojado y denudedo mostraron los indios, que, arrostrando los tiros de las lombardas que para ellos semejaban truenos del cielo, llegaron á mezclarse con los españoles, peleando con ellos cuerpo á cuerpo: ellos armados de flechas, hachas y lanzas cortas, y los españoles con estoques, cuchillos, escopetas y ballestas. Las heridas con que los indios quedaban desjarretados y desbarri-

gados hicieron caer á muchos de ellos, con que comenzaron á cejar un tanto, pero sin abandonar el campo. Aun podía creerse que se alejaban para disparar certeramente sus flechas de pedernal, como si se tratase de tirar al blanco. No dejaban tregua á los españoles, porque, si se aproximaban los indios, era preciso rechazarlos á cuchilladas, á estocadas y lanzasos; y si se alejaban, era preciso dividir el trabajo, de suerte que constantemente mientras unos cargaban, otros tiraban: que si se dejara tregua, eran muy capaces los indios de invadir el campo y de arrollarlo todo como inmenso alud. Su saña principal se dirigía al caudillo, al capitán Hernández de Córdoba, pues se oía cómo gritaban *ti halach uinic, ti halach uinic*, que quiere decir *al jefe, al jefe*, pensando bien que, muerto el general, el ejército perece. Y estuvo á punto de suceder, pues el capitán Hernández de Córdoba recibió doce heridas según unos testigos, y treinta y tres según otros; y no leves de seguro cuando le costaron la vida, muriendo á consecuencia de ellas, pocos días después de su vuelta de la expedición, en su casa de la villa de Sancti Spiritus, en Cuba. . A pesar de las grandes pérdidas que sufrían los indios, no desmayaban: cuatro horas ¹ consecutivas había durado la refriega; casi todos los españoles estaban heridos; uno que se había atrevido á salir un tanto del campo había sido muerto; y Alonso Bote y otro viejo portugués habían sido cogidos prisioneros por los indios.

¹ Las Casas, *Historia de los Indias*, tomo IV, pág. 360; pero Bernal Díaz del Castillo dice: «estuvimos peleando en aquellas batallas poco más de media hora.»

La pérdida de estos dos prisioneros que, á su vista, se llevaron los indios, sin poderlos defender, cincuenta muertos que yacían por el suelo, las heridas de todos, con excepción de uno llamado Berrio, eran parte á quebrantar el ánimo más valiente, y, sobre todo, viendo que á cada momento llegaban más soldados de refuerzo, cuyo número debía acabar por anonadarlos. Fué entonces cuando Hernández de Córdoba resolvió tocar retirada, y, poniéndolo en práctica, formó un sólo escuadrón con los soldados que le quedaban, y, cargados los heridos que no podían sostenerse, rompió á viva fuerza las filas enemigas y se lanzó á la orilla del agua á alcanzar los botes. Los indios los siguieron con gran ímpetu y vigor, con alborozo y gritería, y, lo que es más, haciendo llover sobre los españoles en retirada fuerte granizada de piedras y flechas. Lo más angustioso fué que, como en la barranca había mucho cieno, los botes estaban atollados, y como los españoles iban de cerca perseguidos, no pudieron conservar la serenidad y firmeza necesarias para embarcarse en calma: ansiosos de alcanzar los botes, se arrojaban á ellos como podían, y los botes se iban al fondo; y así hubieran perecido todos, si á tiempo no se hubiera acercado á socorrerlos un navío pequeño, al cual pudieron llegar asidos unos de los mismos botes y otros nadando. Y era tiempo, porque la osadía de los indios creció tanto, que no se conformaron con tirarles desde la orilla á los fugitivos que pugnaban por abordar á los navíos, sino que echaron al agua sus piraguas y se lanzaron en persecución suya.

Recogidos al abrigo de sus buques, los españo-

les todavía tuvieron la tristeza de ver morir á cinco compañeros que no pudieron resistir las heridas, y que elevaron á cincuenta y siete las pérdidas sufridas. Fué tan grande la pesadumbre que la derrota causó, que pusieron por nombre á este lugar «Bahía de la Mala Pelea.»

Pasada lista, y curados los heridos, Hernández de Córdoba pudo medir todo el tamaño de su desventura. El agua se había consumido, pues por ella habían bajado á tierra; pero, con la premura de la retirada, ni una gota habían traído, y así se habían quedado en peor condición que antes, porque antes no estaban heridos, y en salud mejor podían soportar los ardores de la sed; pero ahora, abatidos, enfermos y heridos, tenían que sobrellevar doble tribulación. Y además, como estaban también heridos muchos marineros que habían saltado á tierra, para hacer aguada, se hubo de resentir carencia de hombres para las maniobras de las tres embarcaciones, y por fuerza hubo que distribuir los marineros sanos en dos de los buques, trasbordarse todos á ellos, y quemar el tercero, después de aprovechar lo que de él se pudo. Con este arreglo, y decididos á arrostrar con la sed, se resolvieron á desandar camino.¹

¹ Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 360.—Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 498.—Bernal Díaz del Castillo, op. cit. capítulo IV.—Francisco López de Gomara en la colección de D. Enrique de Vedia, pág. 186.—*Vida de Cortés*, pág. 340.

CAPITULO VI.

Vuelta á Cuba.—Detención en Río Lagartos.—Se cruza el Golfo de México. Desembarque en las costas de Florida.—Llegada á la Habana.

En tan duras condiciones se dieron á la vela, de regreso para Cuba. En su camino de vuelta siguieron el litoral de la península, porque no perdían la esperanza de proveerse de agua, de que tanta carencia padecían. Los vientos les fueron favorables, y llegaron á los tres días á Río Lagartos. Desembarcaron allí varios marineros y soldados con azadones para escarbar la tierra hasta dar con agua, y la encontraron; pero tan salobre que era imposible beberla. Cuando se ocupaban en llenar sus barriles y en cargar los botes, empezó á soplar un fuerte viento del norte que dificultó alijar el agua, y que también puso en grave peligro á los mismos buques, porque, con estar heridos los soldados, tuvieron que bajar á tierra la mayor parte de los marineros, y, al soplar el norte, faltaba gente de mar para las velas y maniobras. Afortunadamente, los marineros que habían desembarcado se apresuraron á volver á bordo, y pusieron al buque en situación de resistir el norte dos días y dos noches que duró.

Sosegado el mar, el piloto mayor, Antón de Alaminos, creyó hacer viaje más breve poniendo la